

CAPITULO XXXV.

Continuacion del anterior.--Pocos resultados de la victoria de Lepanto.--No siguen los cristianos el alcance.--Se retiran las escuadras á sus paises respectivos.--Campana inútil de 1572.--Ajustan la paz los venecianos con los turcos.--Expedicion de los españoles sobre Túnez.--Le toman.--Manda don Juan de Austria construir un fuerte cerca de esta plaza.--Salida de Constantinopla de la escuadra enemiga.--Se apoderan los turcos de Túnez, del fuerte recién construido, y del de la Goleta (1).

1571—1574.

**E**STABA la escuadra otomana destruida, y el terror de la derrota ya esparcido en las primeras provincias del imperio. Llegó el espanto hasta los mismos muros de Constantinopla, y el sultan quedó como aterrado al saber un desastre que le llenaba de tanto mas dolor, cuanto esperaba á cada momento la noticia de una gran victoria. Parecia pues natural que los aliados aprovecharan el favor de la fortuna, persiguiendo al enemigo, consumando la destruccion de su escuadra, dando la mano á los cristianos de la Morea, que deseaban sacudir el yugo de los turcos; arrancando á éstos las conquistas que habian hecho en varias islas del Archipiélago, volviendo á plantar en las de Rodas y Chipre el pendon de los cristianos. Tal vez si se hubiesen presentado cuando duraba el terror de su nombre delante de Constantinopla, hubiesen conquistado esta silla del imperio turco; pues preparados se hallaban á combatir en su auxilio todos los cristianos de la capital, y sobre todo, los innumerables genoveses que habitaban los barrios de Pera y de Galata. Tal era la brillante perspectiva de fortuna y gloria que se ofrecia á los ojos de la escuadra vencedora. Fueron muchos, pues, los que opinaron por la incesante persecucion de los turcos,

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

porque se cogiesen todos los frutos de la gran victoria, en el consejo que se celebró para deliberar sobre las operaciones ulteriores; mas prevaleció el dictámen de los que alegaron la proximidad del invierno, los grandes gastos de la campaña, la dificultad de hacerse con víveres y municiones, y la imprudencia de exponerse á perder, por ganar mas, lo que habian ya obtenido, y que era por entonces de bastante consideracion, para quedar muy satisfechos. Con esta determinacion á todas luces tan desahogada, se salvaron tal vez los turcos, si no de una ruina total, á lo menos de gravísimos desastres. Aparece probable que no se hallaban en la mejor inteligencia los miembros de la liga; que influyó demasiado en los consejos la rivalidad de naciones, y sobre todo, que no se miraba con buenos ojos la república de Venecia, á la que debia adjudicarse por el tratado de la liga cuanto se conquistase en la Morea.

Habiéndose decidido terminar de este modo la campaña, y no queriendo batir la plaza de Lepanto, cuya expugnacion les pareció difícil, llegaron el 12 de octubre á Santa Maura. Allí dió don Juan gracias á Dios por la victoria con una solemne funcion de iglesia, con misa, sermón y procesion, á que asistieron los muchos clérigos y frailes que iban en la armada. Se procedió despues á la reparticion de los despojos, en cuyos pormenores entramos para hacer ver mejor lo decisivo de la victoria de Lepanto. Se asignó al rey la capitana del turco, y ademas ochenta y un buques, sesenta y ocho cañones grandes, doce pedreros, ciento sesenta y ocho piezas menores llamadas sacres, y tres mil y seiscientos esclavos. Al pontífice veinte y siete galeras, nueve cañones gruesos, tres pedreros, cuarenta y dos sacres y doscientos esclavos. A Venecia cincuenta y cuatro barcos, treinta y ocho cañones, seis pedreros, ochenta y cuatro sacres y cuatrocientos esclavos. Tocaron de derecho al generalísimo diez y seis buques, setecientos veinte esclavos, y la décima parte de todas las piezas que se habian cogido. Tambien

quedaron en su poder los hijos de Ali-Baja, y cuarenta y siete principales personajes turcos.

Hecho este reparto tomó don Juan de Austria la vuelta de Mesina, donde fué recibido como en triunfo por todas las autoridades eclesiásticas y civiles de la ciudad, y se celebró de nuevo la victoria con funciones magnificas de iglesia y toda clase de festejos públicos.

Es probable que el generalísimo desease aprovecharse de la victoria conseguida en Lepanto, persiguiendo á los enemigos sin dejarles tiempo para repararse, dando la mano á los pueblos cristianos que deseaban sacudir el yugo de los turcos. Estaba sin duda en el carácter y en las miras de un príncipe jóven, á quien alentaban sus triunfos anteriores, y se hallaba animado de la ambicion tan propia de su edad y de su elase. Tal vez le arredraron para seguir el alcance de los enemigos, las órdenes terminantes del rey, de no hacer la guerra muy lejos de sus estados de Italia. Mas al tomar semejante disposicion Felipe II, no contaba sin duda con que sus armas alcanzarian la victoria decisiva de Lepanto. Tambien debió de hacer desmayar al generalísimo el poco ardor que en la prosecucion de la victoria mostraron los venecianos, principalmente interesados en las otras ulteriores. De todos modos manifestaron los jefes de las naciones respectivas mas deseos de mostrarse triunfantes en sus capitales, que de correr los azares de una nueva campaña en medio del invierno.

Fueron recibidos en efecto en Venecia Sebastian Veniero y el proveedor Barbárico, con todas las demostraciones de regocijo y alegría manifestadas siempre á vencedores que vuelven al seno de su pais cubiertos de laureles. En iguales términos hizo su entrada en Roma Marco Antonio Colonna, recibiendo de Pio V las alabanzas á que se habia hecho acreedor, y los honores con que tuvo á bien recompensar el gran servicio que acababa de hacer á los intereses de la Iglesia. Mayores pompas, demostraciones mas solemnes de agradecimiento

aguardaban á don Juan para cuando se presentase á recibirlas de manos del pontífice.

Mientras los vencedores se dormian sobre sus laureles, se afanaba en reparar sus pérdidas el Gran Señor, y en poco tiempo, á fuerza de actividad, y con los grandes recursos de que disponia, llegó á poner en el mar una escuadra casi tan numerosa como la que habia sido destrozada. No eran tan costosos entonces estos armamentos como ahora, y los buques de guerra, como mas pequeños, se construian tambien con mas facilidad y en menos tiempo. Así la derrota de Lepanto no hizo perder al Gran Señor ninguna de sus posesiones marítimas, ni produjo á los cristianos mas ventajas que estériles laureles, acompañados de la mengua de no saber aprovecharlos. Hasta la primavera del año siguiente de 1572, no dieron muestras de ponerse en movimiento. Pasó aquel invierno don Juan de Austria, tanto en Nápoles como en Venecia y en Corfú, y en todas partes fué recibido con grandisimos festejos. En la capital del orbe cristiano le dió el pontífice todas las muestras posibles de agradecimiento y cordialidad, celebrándose en su obsequio solemnes cultos en la basilica de San Pedro. Se dice que Pio V al abrazarle, le dijo estas palabras del Evangelio: «*Hubo un hombre llamado Juan,*» para hacerle sentir lo penetrado que estaba de la importancia de sus triunfos. Era opinion pública, que el pontífice le habia prometido reconocerle por rey del primer territorio de consideracion que á los turcos conquistase. Debió sin duda de ser esta oferta muy lisonjera para don Juan de Austria, mas no para su hermano, cuya suspicacia no tenia límites tratándose de las personas que en nombre suyo ejercian mandos. Desde entonces no quitó los ojos de todos los pasos de don Juan, hallando cada dia nuevas pruebas de los designios de este príncipe. Con el tiempo haremos ver los graves y hasta funestos resultados que produjo al fin esta desconfianza del rey, ó mas bien su gran disgusto de que don Juan de Austria aspi-

rase á ser mas que el simple agente de sus supremas voluntades.

Llegó don Juan á Mesina por abril, para preparar las fuerzas que debian salir á la mar en la próxima campaña. Subsistia aún la liga ó confederacion entre las mismas tres potencias contra el turco, aunque se habian suscitado quejas y rivalidades de que adolecian las operaciones. Contribuyó asimismo á su poca eficacia la muerte del que habia dado á la liga su impulso principal, á saber, el famoso Pio V (1572), célebre por mas de un título en la historia de aquel siglo. Temia el rey que el sucesor no fuese de su parcialidad; que tal vez favoreciese al rey de Francia, de cuya ruptura con España se hablaba mucho entonces, y se daba casi ya por cierta en vista del favor que los calvinistas gozaban en aquella córte. Como se hallaba entonces la guerra tan encendida en los Países-Bajos, daba gran cuidado á Felipe II el que Francia llegase á proteger abiertamente á los flamencos. Mas los temores no duraron mucho. Ganó ascendiente en el ánimo del rey de Francia el partido de los Guisas, jefes de la faccion católica, adictos en un todo al rey de España, y por otra parte el nuevo pontífice, Hugo Buon Compagno, que tomó el nombre de Gregorio XIII, al subir á la silla de San Pedro mostró el mismo celo que su predecesor por los intereses de la liga. Dió con esto nuevas órdenes al rey para que cuanto mas antes se pusiesen sus galeras en campaña, si bien ya se habia perdido mucho tiempo y la ocasion de hacer conquistas.

Mientras don Juan se hallaba todavía en Mesina, salieron de Venecia Marco Antonio de Colonna, jefe de las galeras del pontífice, y el proveedor Barbárico, en busca de los turcos. Llegaron á Corfú, donde haciendo muestra de la escuadra, se hallaron con ciento sesenta galeras, diez y seis galeazas y veinte navíos. Allí aguardaron á don Juan; mas viendo que no llegaba, ó deseando alzarse solos con la gloria, se pasaron á Cefalonia con

objeto de hacer un desembarco en la Morea. Mientras tanto se hallaba en el seno de Epidaura el nuevo almirante otomano Aluch-Ali con doscientas galeras y veinte y cinco galeazas, fuerza, como se vé, superior á la cristiana. Sabedor de su proximidad salió en busca suya, y se dieron vista unos y otros á principios de agosto de aquel año (1572). Se tomaron las disposiciones para una batalla. Mandaba el costado derecho de la armada cristiana el general veneciano Soranzo; el izquierdo el de la misma nacion Canaleto, y el cuerpo de batalla Marco Antonio. Mas los turcos no aguardaron el choque, y se retiraron sobre las costas de la Morea, amenazadas de un desembarco de los venecianos.

Ya el Sultan, sabedor del gran peligro que corria aquel pais, le habia hecho guarnecer de tropas que habian bajado á toda prisa de la Macedonia, atravesando el golfo de Corinto. Así, por la poca actividad perdieron los cristianos la ocasion de apoderarse de una rica provincia que los estaba aguardando con tanta ansia. Lo mismo les sucedió con la Albania y otros paises de aquellas costas, cuyos habitantes estaban preparados á hacer armas contra los turcos inmediatamente que se viesen favorecidos por las fuerzas de la liga.

Se presentó don Juan de Austria en Corfú al regreso de las galeras de Venecia y del pontífice. Mostró mucho enojo por el mal resultado de su operacion, que atribuyó á no haberle aguardado, como estaban convenidos, para obrar de concierto con todas las fuerzas reunidas. Culparon los otros su tardanza y le hicieron ver que no habian podido diferir su salida por la premura del tiempo, hallándose ya la buena estacion tan avanzada. El resultado de todo fué que en el año 1572 nada hicieron las fuerzas de la liga.

El rey de España, cuyos asuntos en Flandes y Francia se hallaban entonces en un estado de prosperidad, como haremos ver en su lugar correspondiente, resolvió hacer nuevos esfuerzos para la próxima campaña de 1573,

disponiendo que el número de galeras llegase hasta trescientas; pero cuando mas ocupado se hallaba en estos preparativos, ajustaron la paz los venecianos con Selim, sin dar antes aviso á las otras dos potencias coligadas. Causó esto una desagradable sensacion, y la república pasó por infractora de los tratados de la confederacion, y hasta por traidora á la fé católica por la que todos peleaban. No admitió las excusas el pontífice cuando trataron de darle explicaciones de su conducta, atribuyéndola á lo imperioso de las circunstancias. Respuesta mas ágría todavía dió el rey de España á sus embajadores, que intentaron convencerle de su recto proceder, manifestándoles los inmensos gastos y sacrificios que le habia acarreado una guerra cuyas ventajas iban á redundar principalmente en beneficio de los venecianos, pues á ellos se les adjudicaba cuantas conquistas se hiciesen en la Morea y en la Albania.

A pesar de la separacion de los venecianos de la liga, no desistió el rey de España de los preparativos en que tan empeñado estaba, y ayudado de las fuerzas del pontífice, que se mantuvo fiel á los tratados, resolvió continuar una guerra en que tan interesada se hallaba su reputacion y el bien de tantos estados del Mediterráneo.

Inmediatamente que llegó á don Juan de Austria la noticia de la paz celebrada por los venecianos, quitó de su capitana el estandarte de la liga, sustituyéndole con el del rey de España. Hallándose á la cabeza de ciento y cincuenta galeras, reunió su consejo para deliberar sobre las operaciones de la próxima campaña, manifestando que por haberse separado los venecianos de la liga, no se obraría con menos vigor contra los turcos. Fueron unos de opinion que se marchase en busca de Aluch-Alí, que se hallaba al frente de la escuadra turca despues de la batalla de Lepanto. Fueron otros de dictámen, y entre ellos el marqués de Santa Cruz, que se cayese sobre Argel, y que despues de ganada esta plaza se procediese á la conquista de Túnez y de Trípoli. Querian otros que

dejando la primera empresa, que se tenia por muy difícil y arriesgada, se marchase en derechura sobre Túnez, como mas fácil y segura. Mas don Juan de Austria no se determinó á resolver sobre estos puntos, sin consultarlos antes con el rey de España.

Dió el rey por respuesta que la expedicion se dirigiese á Túnez, y que conquistado este punto se arrasasen sus fortificaciones, haciendo lo mismo con el fuerte de la Goleta, por los infinitos gastos que ocasionaba la conservacion de unos puntos tan distantes, sin ningun provecho para España. Tal vez influyó en esta determinacion de arrasamiento el temor de que don Juan aspirase á ser rey de Túnez, según se lo habia ofrecido el pontífice, como el primer estado que sobre los enemigos de la fé de Cristo conquistaba; mas no hay duda de que en la conservacion de estos puntos fuertes de la costa de Africa se invertian sumas enormes, dando lugar á muchos fraudes en detrimento de la hacienda del rey; tal era entonces la voz pública (1).

(1573.) Mientras se ocupaba don Juan en Nápoles en los preparativos de la expedicion, se acercó Aluch-Alí á las costas de Calabria á espiar los movimientos del ejército cristiano, y luego que se hubo enterado de lo que se trataba, tomó la vuelta de Constantinopla, adonde llegó en setiembre del mismo año. Mas á pesar de la actividad desplegada por el Gran Señor, pues era su designio atacar el fuerte de la Goleta y asegurar el reino

(1) Es muy curioso lo que sobre el particular dice Cervantes en su *Don Quijote*, y pone en boca del capitan cautivo. Hablando éste de la toma de Túnez y arrasamiento del fuerte y de la Goleta por los turcos, se expresa en estos términos: «Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y poli la de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna que aquellas piedras la sustentaran.»

de Túnez en la primavera próxima, tuvo antes lugar la expedición de los cristianos.

Salió don Juan de Nápoles en octubre de 1573, y dejando en Sicilia á Juan Andrés Doria con cuarenta y ocho galeras, á fin de acudir con ellas á Génova si necesario fuese, por los disturbios de que era entonces teatro aquel pais, continuó su viaje con ciento y cuatro, y además cuarenta y cuatro buques de gran porte, doce barcones, veinte y cinco fragatas, veinte y dos salúas, con casi veinte mil infantes, setecientos y cincuenta gastadores, y cuatrocientos caballos ligeros con buena artillería y abundancia de municiones, pertrechos de sitio, y bueyes para arrastrar los cañones. Acompañaban además la expedición, lo mismo que las anteriores, muchísimos aventureros, caballeros de distincion, tanto españoles como de los diversos estados de la Italia. Aportó don Juan á la isla de Fabiniana, á doce millas de Sicilia, y de allí envió las naves delante á cargo del duque de Sesa, camino de Túnez, á cuya vista llegaron sin el mas pequeño contratiempo.

Obedecía entonces este estado las leyes de un usurpador llamado Muley-Hamida; y cuando usamos la voz *usurpador*, queremos solo dar á entender que era el último que acababa de hacerse dueño de aquel pais violentamente, pues por lo regular no se apoyaba en otros derechos la posesion de los estados berberiscos. Se hallaba entonces ausente el Dey, y la plaza de Túnez guarnecida por seiscientos turcos. Mas á pesar de esta fuerza y de cuarenta mil hombres mas del pais de que el gobernador podia disponer, abandonó la ciudad sin hacer ninguna resistencia.

Entraron en Túnez los cristianos, y á pesar de que los turcos se habian llevado en la retirada objetos de mucho valor, hicieron un botin muy rico, apoderándose además de gran cantidad de pólvora y mas municiones, de cuarenta y cuatro piezas de artillería, y toda clase de pertrechos militares. A pocos dias llegó don Juan de

Austria reforzado con dos mil y quinientos soldados viejos que acababa de sacar de la Goleta, reemplazándolos con otros tantos que no tenian ninguna experiencia de la guerra. A cumplir exactamente con las órdenes del rey, en caso de ser tan terminantes, era todo su negocio dismantelar á Túnez, arrasar sus fortificaciones, y hacer en seguida lo mismo con el fuerte de la Goleta, llevándose la guarnicion consigo; mas la riqueza del pais, y el ser Túnez cabeza principal de un vasto territorio, le indujo á una conservacion, que tuvo con el tiempo funestos resultados. En lugar de arrasar las fortificaciones de Túnez, encargó á Gabriel Serveloni, famoso ingeniero italiano de aquel tiempo, la construccion de un fuerte para la mayor defensa de la plaza.

Inverosimil parece esta conducta de don Juan de Austria, en abierta oposicion con las órdenes del rey, y solo se explica con la hipótesis de que no eran tan terminantes como se ha indicado. Tal vez al mismo tiempo que manifestaba el rey su voluntad, le dejaria libre de obrar de otra manera si mejor le pareciese. De todos modos, se censuró mucho en la corte de España la determinacion de don Juan, y se le acusó de querer hacerse rey de Túnez. Tal vez fué esta su intencion; mas es un hecho que restituyó su estado á su antiguo Dey Muley-Hamet, que no se hallaba lejos. Despues de haber arreglado todo lo necesario para la pronta construccion del fuerte y la mayor seguridad de la Goleta, donde dejó por general á don Pedro Portocarrero, hombre poco experimentado en la defensa de plazas fuertes, tomó la vuelta de Sicilia, y á principios de noviembre pasó á invernar á Nápoles, *porque la gentileza de la tierra y de las damas en su conversacion, agradaba á su gallarda edad* (1).

Se alarmó mucho el Gran Señor con la conquista de Túnez por las armas de don Juan de Austria; mas en

(1) Palabras de Luis Cabrera, en su vida de Felipe II, libro X, capítulo XI.

vez de alojar en sus preparativos, redobló su actividad para entrar en campaña con el objeto ya indicado. Le incitó mas y mas á la empresa el almirante Aluch-Alí, pues como era Dey de Argél le causaba muchos temores la proximidad de los cristianos. Mientras se completaban los preparativos, escribió el Gran Señor á los jefes de los pueblos de la vecindad de Túnez, y con amonestaciones y amenazas se puso en armas todo aquel pais, causando mucha alarma á los cristianos. Entonces se conoció lo prudente que habia andado el rey de España en su orden de dismantelar unos puntos fuertes de que no sacaba la menor ventaja.

Supo don Juan en Nápoles los preparativos de Selim, y aunque conoció tan tarde su gran falta, tomó disposiciones para conjurar la tempestad que á su conquista amenazaba. Mandó á don Juan de Cardona y á don Bernardino de Velasco con refuerzos para Túnez y la Goleta, sacando al mismo tiempo los trescientos hombres que habian quedado en el fuerte de Biserta que dismantelaron. Mas eran pocas estas nuevas fuerzas para los ataques que las aguardaban: se habia adelantado muy poco en la construccion del nuevo fuerte encargada á Serveloni, sea por descuido de éste, sea por falta de recursos necesarios. Se achacaba en parte el atraso de estas obras y la escasez de gente de la guarnicion de Túnez y de la Goleta, á la mala voluntad del cardenal Granvella, virey á la sazón de Nápoles, y que no cumplió el encargo que le hizo don Juan de atender á Túnez, cuando tuvo éste que trasladarse á Génova á arreglar los disturbios que dejamos dicho. Así se encontraron por un lado Serveloni, gobernador del nuevo fuerte, por el otro Pedro Portocarrero, comandante en la Goleta, abandonados á sus propias fuerzas, mientras todo el pais estaba en armas, y el alcaide de Trípoli se habia interpuesto entre los dos con cuatro mil hombres para interceptar la comunicacion entre ambos puntos.

Salía mientras tanto, á fines de junio de 1574, de

Constantinopla la armada turca, compuesta de doscientas y treinta galeras, cuarenta bajeles de carga y cuarenta mil soldados de Africa y de Europa, y entre ellos siete mil genizaros. Estaba toda esta fuerza encargada al mando de Sinam-Bajá, yerno del Sultan, por creer que su nombre seria de mas autoridad entre las potencias berberiscas. A 11 de julio llegaron á vista de Túnez, de cuya plaza se apoderaron los turcos al momento, pues aunque su rey Muley-Hamet se hizo con un cuerpo respetable de infanteria y de caballeria, se vió abandonado de los suyos, ó por desafecto á su persona, ó por temor á las mayores fuerzas de sus enemigos.

Tomada la ciudad, restaba para concluir la campaña la expugnacion de los dos fuertes. Parecia natural que hallándose en un estado tan imperfecto el nuevo, pasase Serveloni con su guarnicion á la Goleta, que como mas avanzada en el mar, podria resistirse mientras le llegase algun socorro. Mas se obstinó el italiano en mantenerse en su primera posicion, y así se vieron los dos fuertes aislados, sitiados al mismo tiempo por fuerzas formidables. En vano pidieron ambos auxilios al virey Granvella, pues éste les respondió que se hallaba con muy pocas fuerzas, y que de ningun modo las podia distraer para otras atenciones.

Aumentaba los embarazos de la situacion el que don Pedro Portocarrero, gobernador de la Goleta, no tenia ninguna experiencia del cargo que le estaba encomendado. Desde el principio del asedio comenzó á titubear y aun á dar indicios de querer rendirse. Mas los otros capitanes le hicieron ver lo desacertado de su resolucion, y que les restaban todavia muchos medios de resistencia. Así quedó su mando como nulo desde aquel momento.

Sitiaba la Goleta el mismo Sinam-Bajá en persona, mientras el alcaide del Carban hacia lo mismo con el fuerte. Se apretaba muchísimo el cerco del primero. Ya estaban los muros medio derribados por las baterias turcas colocadas á trescientos pasos de distancia. Habiéndose

llegado á cegar los fosos con faginas, troncos de árboles y mas materiales que venian á bordo de la escuadra de Aluch Ali, no restaba ya otra cosa que el asalto. Se verificó este el dia 23 de agosto por tres partes. Atacaron los turcos con furor, y con el mismo se batieron los cristianos; mas reducidos éstos á pequeño número y la plaza sin defensas, fué rendida despues de cinco horas de pelea, y los turcos entraron al pillaje, haciendo prisioneros á sus defensores.

Igual mala fortuna estaba reservada al fuerte, que se rindió al fin, pero despues de haber hecho mas resistencia que el de la Goleta. La guarnicion no era tan numerosa, y las obras mas importantes no estaban concluidas. Llegaron los sitiadores á levantar una trinchera tan alta como el muro, y ademas apelaron al recurso de la mina. Pero Serveloni, aunque habia cometido algunas faltas, las borró peleando como gobernador y como soldado, poniéndose el primero en todos los peligros. A mil quedaba reducido el número de sus defensores; mas no quisieron entregarse, y aguardaron el asalto. Trescientos murieron en el primero, que duró tres horas. Doscientos mas perdieron en el segundo, que duró cinco. Viéndose reducidos á tan pocos tuvieron que rendirse, quedando prisioneros en poder de los turcos, Serveloni y sus primeros oficiales. Padedieron enormes pérdidas los turcos en estos dos asedios; mas no es creible que hubiese llegado á diez mil el número de sus muertos, como algunos lo aseguran.

Así se perdió la plaza de Túnez que acabábamos de conquistar, y el fuerte de la Goleta que teníamos en nuestro poder desde el año 1535, época de la expedicion de Carlos V. Grave falta cometió don Juan en haber desobedecido las órdenes del rey; pero lo fué mayor todavía el no haber hecho mas por su conservacion, sin contar con las fuerzas formidables de que podia disponer el Gran Señor para arrancarnos la conquista. De todos modos se vé que despues de tres años de expedi-

ciones, de enormes gastos, de gran pérdida de gente, y sobre todo despues de una victoria tan decisiva y gloriosa como la de Lepanto, no tuvimos otro fruto ni otro resultado que dejar el fuerte de la Goleta en manos de los turcos.

Hicieron estos lo que antes debiera haber hecho don Juan de Austria, esto es, desmantelarlo y arrasarle, practicando lo mismo con el fuerte recientemente construido. En cuanto al rey, en medio de la mortificacion que le causó este desastre de sus armas, dió órdenes para que se reparasen las fortificaciones de Oran y Mazalquivir, haciendo construir un nuevo fuerte llamado de Santa Cruz, con objeto de apoyar á las dos plazas.

A fin de 1575 regresó don Juan de Austria á España por mar, en dos galeras, habiendo desembarcado en Barcelona. Segun algunos, fué este viaje contra la espresa voluntad del rey, quien le envió orden para trasladarse en derechura á los Países-Bajos. Mas esto no es probable, porque don Juan de Austria no fué nombrado gobernador general de Flandes hasta muy entrado el año siguiente, como lo haremos ver mas adelante. Lo que no admite duda es que Felipe II estaba descontento de él por su conducta en Túnez y por sus aspiraciones al carácter y dignidad de soberano. Mas prescindiendo de estas conjeturas, fué don Juan recibido en la córte sin muestras de desagrado por parte del monarca. Pronto le veremos figurar de nuevo en un teatro donde no le sonrió tanto la fortuna como en los dos primeros.